

MAGISTERIUM

LA PRUEBA  
DE  
HIERRO



HOLLY  
BLACK

CASSANDRA  
CLARE



La mayoría de los niños harían cualquier cosa para superar La Prueba de Hierro y entrar en la escuela de magia Magisterium. Callum Hunt no. Quiere suspenderla. Durante toda su vida, su padre le ha advertido que ni se acerque a la magia. Si lo admiten en el Magisterium, está seguro de que nada bueno le espera.

Así que se esfuerza todo lo que puede en hacerlo mal... y hasta hacerlo mal le sale mal. Ahora le espera el Magisterium, un lugar que es a la vez sensacional y siniestro, con oscuras conexiones con su pasado y un retorcido camino hacia su futuro. La Prueba de Hierro acaba de comenzar, porque el mayor reto aún no ha llegado...

PARA SEBASTIAN FOX BLACK, SOBRE QUIEN  
NADIE HA ESCRITO NINGÚN MENSAJE AMENAZADOR EN  
EL HIELO

## PRÓLOGO

Desde la distancia, el hombre que escalaba trabajosamente la blanca cara del glaciar podría haberse confundido con una hormiga ascendiendo lentamente por el costado de un plato. El poblado de chabolas de La Rinconada era un grupo de puntitos dispersos muy por debajo; el viento arreciaba a medida que iba subiendo, le lanzaba al rostro ráfagas de nieve en polvo y le helaba los húmedos rizos de cabello negro. A pesar de las gafas con los cristales de color ámbar, tenía que mantener entrecerrados los párpados ante el reflejo del sol.

El hombre no tenía miedo de caer aunque no empleaba cuerdas ni cables de seguridad, solo crampones y un piolet. Se llamaba Alastair Hunt y era mago. Al escalar iba formando y modelando la sustancia helada del glaciar con las

manos. Puntos de apoyo para las manos y los pies iban apareciendo mientras él ascendía lentamente.

Cuando llegó a la cueva, a medio camino de la cresta del glaciar, se encontraba helado y totalmente agotado de imponer su voluntad para domar lo peor de los elementos. Usar su magia de forma tan continuada le drenaba energía, pero no se había atrevido a ir más despacio.

La cueva se abría como una boca en la ladera de la montaña, imposible de ver desde arriba o desde abajo. Se aupó sobre el borde e inspiró profunda y entrecortadamente, maldiciéndose por no haber llegado allí antes, por dejar que lo engañaran. En La Rinconada, la gente había visto la explosión y susurraban entre ellos sobre lo que significaba, sobre el fuego dentro del hielo.

«Fuego dentro del hielo». Tenía que ser una señal de socorro... o un ataque. La cueva estaba llena de magos demasiado viejos o demasiado jóvenes para luchar, de los heridos y los enfermos, de las madres con niños muy pequeños a los que no se podía dejar solos, como la propia esposa y el hijo de Alastair. Los habían escondido allí, en uno de los lugares más recónditos de la tierra.

El Maestro Rufus había insistido en que de otro modo serían muy vulnerables, esclavos de la fortuna, y Alastair le había creído. Luego, cuando el Enemigo de la Muerte no había aparecido en el campo de batalla para enfrentarse al campeón de los magos, la chica makaris en la que habían depositado todas sus esperanzas, Alastair se había dado cuenta de su error. Llegó a La Rinconada lo antes que pudo, volando la mayor parte del camino en el lomo de un ser elemental del aire. Desde allí había seguido a pie, porque el control que ejercía el Enemigo sobre los elementales era potente e impredecible. Cuanto más subía, más asustado estaba.

«Que no les haya pasado nada —pensó mientras entraba en la cueva—. Por favor, que no les haya pasado nada».

Debería oírse a los niños llorando. Debería oírse el susurro de conversaciones nerviosas y el zumbido de la magia reprimida. En vez de eso, solo se oía el aullido del viento al barrer los desolados picos de las montañas. Las paredes de la cueva eran de hielo blanco, con manchas rojas y marrones donde la sangre las había salpicado. Alastair se quitó las gafas de nieve y las tiró al suelo; siguió avanzando por el corredor, recurriendo a los restos de su poder para no derrumbarse.

Las paredes de la cueva emitían un inquietante brillo fosforescente. Lejos de la entrada, era la única luz que le permitía ver, lo que seguramente explicara por qué tropezó con el primer cadáver y casi cayó al suelo. Alastair se apartó de un salto lanzando un grito, y luego se encogió al oír el eco de su propia voz. La maga muerta estaba tan quemada que era imposible reconocerla, pero llevaba una muñequera con una pieza de cobre insertada que la identificaba como una alumna de segundo curso del Magisterium. No podía haber tenido más de trece años.

«Ya deberías haberte acostumbrado a la muerte», se dijo.

La guerra contra el Enemigo duraba desde hacía ya una década, que a veces daba la impresión de que fuera un siglo. Al principio había parecido imposible: un joven, además un joven de los makaris, planeando conquistar la mismísima muerte. Pero a medida que el Enemigo ganaba poder y su ejército de caotizados crecía, la amenaza se había ido volviendo extrema..., hasta culminar en esa despiadada masacre de los más inofensivos, los más inocentes.

Alastair se puso en pie y se adentró más en la cueva, buscando desesperadamente un rostro entre todos. Se obligó a abrirse paso entre los cadáveres de ancianos Maestros del Magisterium y el Collegium, hijos de amigos y conocidos, y magos que habían sido heridos en batallas previas. Entre ellos yacían los cuerpos rotos de los caotizados, sus ojos rodantes oscurecidos para siempre. Aunque

los magos no estaban preparados cuando fueron atacados, debían de haber opuesto una fuerte resistencia para haber matado a tantos de entre las fuerzas del Enemigo. Con el horror retorciéndole el estómago y los dedos como dormidos, Alastair fue avanzando a trompicones entre todo eso... hasta que la vio.

Sarah.

La encontró yaciendo en el fondo de la cueva, contra una empañada pared de hielo. Tenía los ojos abiertos, mirando al vacío. Los iris turbios y las pestañas con minúsculos carámbanos de hielo adheridos a ellas. Alastair se inclinó sobre su rostro y le pasó suavemente los dedos por la fría mejilla. Tragó aire de golpe y su sollozo cortó el aire.

Pero ¿dónde estaba su hijo? ¿Dónde estaba Callum?

Sarah aferraba una daga con la mano derecha. Había sido de los mejores en modelar el metal invocado desde lo profundo de la tierra. Ella misma había forjado esa daga el año anterior, en el Magisterium. Tenía nombre: *Semíramis*, y Alastair sabía el cariño que Sarah le había tenido.

«Si tengo que morir, quiero morir con mi propia arma en las manos», le había dicho siempre. Pero a él la idea de su muerte le había parecido algo remoto.

Le volvió a rozar la fría mejilla con los dedos.

Un llanto lo hizo volverse de golpe. En esa cueva llena de muerte y silencio, un llanto.

Un niño.

Se volvió y comenzó a buscar frenéticamente el origen de ese débil sollozo. Parecía proceder de un punto más cercano a la entrada de la cueva. Desanduvo a trompicones el camino, tropezando con cadáveres, algunos helados como estatuas..., hasta que, de pronto, otro rostro conocido lo miró desde la masacre.

Declan. El hermano de Sarah, que había resultado herido en la última batalla. Parecía haber sido estrangulado hasta morir por un uso particularmente cruel de la magia del aire: tenía el rostro azul, los ojos marcados por venitas

rotas. En su brazo extendido, y justo bajo él, protegido del helado suelo de la cueva por una manta de lana, se hallaba el hijo de Alastair. Mientras lo miraba maravillado, el bebé abrió la boca y lanzó otro llanto débil, como un maullido.

Como en un trance y temblando de alivio, Alastair cogió al bebé. Este lo miró con sus grandes ojos grises y abrió la boca para llorar de nuevo. Entonces la manta cayó hacia un lado y Alastair vio por qué lloraba el bebé. La pierna izquierda le colgaba en un ángulo imposible, como una rama quebrada.

Alastair trató de llamar a la magia de la tierra para sanar al bebé, pero solo le quedaba poder suficiente para calmarle un poco el dolor. Con el corazón acelerado, envolvió otra vez a su hijo en la manta, bien apretado, y regresó hasta donde yacía Sarah. Se arrodilló ante su cadáver sujetando al niño como si ella pudiera verlo.

—Sarah —susurró con la voz rota por las lágrimas—, le contaré cómo moriste protegiéndolo. Lo educaré para que recuerde lo valiente que fuiste.

Los ojos de Sarah le devolvieron la mirada, vacíos y blanquecinos. Alastair apretó al bebé contra sí y tendió la mano para coger a *Semíramis*. Al hacerlo, vio que el hielo junto al puñal estaba extrañamente marcado, como si ella lo hubiera arañado en su agonía. Pero las marcas parecían demasiado intencionadas para que hubiera sido eso. Acercó más el rostro y se dio cuenta de que eran palabras: palabras que su esposa había grabado en el hielo de la cueva con sus últimas fuerzas.

Al leerlas, cada una de ellas fue como un fuerte puñetazo en el estómago.

MATA AL NIÑO





## CAPÍTULO UNO

Callum Hunt era toda una leyenda en su pequeño pueblo de Carolina del Norte, pero no en el buen sentido. Era famoso por ahuyentar a profesores sustitutos con comentarios sarcásticos, y también se especializaba en poner de los nervios a directores, monitores de sala y supervisores de comedor. Los orientadores educativos, que siempre comenzaban queriendo ayudarlo (después de todo, al pobre chico se le había muerto la madre) acababan esperando que nunca más volviera a cruzar el umbral de sus despachos. No había nada que avergonzara más que no saber soltarle un buen corte a un niño de doce años enfadado con el mundo.

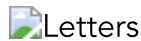
El ceño perpetuo de Call, su alborotado cabello negro y los suspicaces ojos grises eran bien conocidos por los veci-

nos. Le gustaba ir en monopatín, aunque le había costado un poco cogerle el tranquillo; varios coches aún mostraban las abolladuras fruto de sus primeros intentos. A menudo se lo veía rondando ante el escaparate de la tienda de cómics, por el salón recreativo o por la tienda de videojuegos. Hasta el alcalde lo conocía. Le habría costado mucho olvidarlo después de que Call, durante el desfile del Primero de Mayo, se le hubiera colado al dependiente de la tienda de animales para hacerse con un topo lampiño destinado a alimentar a una boa constrictor. Le dio pena esa pobre criatura, ciega y arrugada, que parecía incapaz de valerse por sí misma; y para ser justo, también liberó a todos los ratones blancos que deberían haber sido el segundo plato de la serpiente.

No se había esperado que los ratones se pusieran a correr como locos entre los pies de los que desfilaban, pero los ratones no eran muy listos. Tampoco se había esperado que los espectadores salieran corriendo al ver a los ratones, pero la gente tampoco era muy lista, como el padre de Call le explicó una vez hubo acabado todo. No había sido culpa de Call que el desfile acabara siendo un desastre, pero todo el mundo, sobre todo el alcalde, se comportaron como si lo fuera. Y encima, su padre lo obligó a devolver el topo.

El padre de Call consideraba que robar estaba mal.

Para él, era casi tan malo como la magia.



Letters

Callum se removía en la tiesa silla ante el despacho de director mientras se preguntaba si al día siguiente tendría que volver a la escuela, y si alguien lo echaría de menos en caso de que así fuera. Una y otra vez fue repasando las diferentes maneras en las que podía cagarla en el examen de mago, e idealmente, del modo más espectacular posible. Una y otra vez su padre había repasado con él las formas

de suspender: «Deja la mente totalmente en blanco. O concéntrate en algo que sea todo lo contrario de lo que esos monstruos quieren. O centra la atención en el examen de otro en vez de en el tuyo». Call se frotó la pantorrilla, que esa mañana en clase había tenido tensa y dolorida; a veces le pasaba. Cuanto más crecía, más parecía dolerle. Al menos la parte física del examen de mago, fuera la que fuese, sería fácil de suspender.

Pasillo abajo, oía a los otros chicos en clase de gimnasia, sus zapatillas chirriando sobre el brillante suelo de madera, dando gritos mientras se metían los unos con los otros. Solo por esta vez deseó jugar. Quizá no fuera tan rápido como los otros o mantuviera tan bien el equilibrio, pero estaba cargado de una energía temeraria. Estaba exento de las clases de gimnasia debido a su pierna; incluso en la escuela primaria, durante el recreo, cuando había tratado de correr, saltar o subirse a los árboles, siempre había aparecido alguno de los monitores para recordarle que debía dejarlo si no quería hacerse daño. Si persistía en ello, lo hacían entrar dentro.

Como si un par de morados fuera lo peor que pudiera ocurrirle a alguien; como si la pierna fuera a ponerse peor.

Call suspiró y miró por la puerta de vidrio de la escuela hacia el lugar donde su padre pronto aparcaría. Tenía el tipo de coche que no pasaba desapercibido: un Rolls-Royce Phantom de 1937 de color plata brillante. Nadie más en todo el pueblo tenía algo parecido. El padre de Call tenía una tienda de antigüedades en la calle Mayor llamada DE VEZ EN CUANDO; nada le gustaba más que coger cosas viejas y rotas y dejarlas nuevas y resplandecientes. Para que el coche siguiera funcionando, tenía que hacerle alguna reparación casi todos los fines de semana. Y le pedía constantemente a Call que lo lavara y le pusiera una vieja cera especial para coches, para que no se oxidara.

El Rolls-Royce funcionaba perfectamente..., no como Call. Se miró las zapatillas deportivas mientras tamborileaba con los pies en el suelo. Cuando llevaba vaqueros como esos, no se notaba que le pasara nada en la pierna, pero se veía en cuanto se levantaba y comenzaba a andar. Desde que era un bebé le habían hecho operación tras operación, y también todo tipo de terapia física, pero nada le iba realmente bien. Aún caminaba con una bamboleante cojera, como si estuviera tratando de no perder el equilibrio en un bote que oscilara de lado a lado.

De más pequeño, a veces jugaba a ser un pirata, o quizá solo un bravo marinero con una pata de palo, que se hundía con el barco después de una larga batalla naval a cañonazos. Había jugado a piratas y a ninjas, a vaqueros y a exploradores del espacio.

Pero nunca ninguno de esos juegos había tenido nada que ver con la magia.

Eso nunca.

Oyó el ruido de un motor y comenzó a ponerse en pie, pero volvió a sentarse en el banco, fastidiado. No era su padre, solo un Toyota rojo vulgar y corriente. Un momento después, Kylie Myles, una de las chicas de su curso, pasó rápidamente ante él con una profesora al lado.

—Buena suerte en las pruebas de selección de ballet —dijo la señora Kemal, y se volvió de regreso a su aula.

—Vale, gracias —contestó Kylie, y luego observó a Call con cara rara, como si lo estuviera evaluando. Kylie nunca miraba a Call. Esa era una de las características que la definían, junto con su brillante melena rubia y la mochila con un unicornio. Cuando coincidían en las salas comunes, ella veía a través del muchacho como si Call fuera invisible.

Después de hacerle un medio saludo con la mano, aún más raro y sorprendente, Kylie se dirigió hacia el Toyota. Call vio a sus padres en los asientos delanteros; parecían nerviosos.

Era imposible que ella fuera al mismo lugar que él, ¿no? No podía estar dirigiéndose a la Prueba de Hierro. Pero si así fuera...

Se levantó de golpe. Si Kylie iba hacia allí, alguien debía avisarla.

«Muchos chicos creen que tiene que ver con ser especiales —había dicho el padre de Call, con el desagrado palpable en la voz—. Y sus padres también lo creen. Sobre todo en las familias donde las capacidades mágicas se han dado durante generaciones. Y algunas familias en las que la magia casi ha desaparecido, ven a un hijo mago como la esperanza de regresar al poder. Pero quienes más pena deben darte son los niños sin ningún familiar mágico. Son los que creen que va a ser como en las películas.

»Y no se parece en nada a las películas».

En ese momento, el padre de Call detuvo el coche ante el colegio con un chirrido de frenos y le cortó a Call la visión de Kylie. Call cojeó hacia la puerta, pero para cuando llegó al Rolls, el Toyota de los Myles ya torcía la esquina y desaparecía de la vista.

Vaya forma de avisarla.

—Call. —Su padre había salido del coche y se apoyaba en la puerta del copiloto. Tenía una mata de pelo negro, el mismo cabello revuelto que Call salpicado de canas en las sienes, y llevaba una chaqueta de *tweed* con parches de cuero en los codos, a pesar del calor. A menudo, Call pensaba que su padre se parecía al Sherlock Holmes de la vieja serie de la BBC; a veces la gente se sorprendía de que no hablara con acento británico—. ¿Estás listo?

Call se encogió de hombros. ¿Cómo se podía estar listo para algo que podía fastidiarle a uno el resto de la vida si lo hacía mal? O bien, en este caso.

—Supongo que no.

Su padre le abrió la puerta.

—Bien. Sube.

El interior del Rolls estaba tan immaculado como el exterior. Call se sorprendió al ver sus viejas muletas en el asiento trasero. Hacía años que no las necesitaba; no las había vuelto a usar desde que se había caído del arco de tubos del parque y se había torcido el tobillo, ¡el tobillo de su pierna buena! Mientras el padre de Call se subía al coche y ponía en marcha el motor, Call las señaló.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—Cuanto en peor estado parezcas, más fácil será que te rechacen —contestó su padre, muy serio, y echó un vistazo hacia atrás mientras salían del aparcamiento.

—Eso es como hacer trampa —protestó Call.

—Call, la gente hace trampa para ganar. No puedes hacer trampa para perder.

Call puso los ojos en blanco y dejó que su padre creyera lo que quisiera. Lo único que Call sabía seguro era que de ninguna manera iba a usar esas muletas si no las necesitaba. Pero no quería discutir por eso, no ese día, cuando su padre ya había quemado las tostadas del desayuno, algo muy raro, y le había gruñido cuando Call se quejó de tener que ir a la escuela solo para un par de horas, hasta que lo pasara a buscar.

En ese momento, su padre se inclinaba sobre el volante, apretando los dientes y con los dedos de la mano derecha alrededor de la palanca del cambio, con la que cambiaba de marcha con una violencia nada eficaz.

Call trató de fijar la mirada en los árboles del exterior, con las hojas que comenzaban a amarillear, y fue recordando todo lo que sabía sobre el Magisterium. La primera vez que su padre le había dicho algo de los Maestros y de cómo elegían a sus aprendices, hizo sentar a Call en uno de los grandes sillones de cuero de su estudio. Aquel día, Call llevaba el codo vendado y tenía el labio partido de una pelea en la escuela y no estuvo de humor para escucharlo. Además, su padre se había puesto tan serio que Call se asustó. También había sido la forma en que su padre le ha-

bló, como si fuera a decirle a Call que tenía alguna terrible enfermedad. Resultó que la enfermedad era una capacidad para la magia.

Call se había encogido en el sillón mientras su padre le hablaba. Estaba acostumbrado a que se metieran con él; los otros chicos pensaban que su pierna lo hacía un blanco fácil. Por lo general, era capaz de convencerlos de que eso no era cierto. Aquella vez, sin embargo, un puñado de chicos mayores lo había arrinconado detrás del cobertizo cercano al arco de tubos cuando volvía a casa de la escuela. Comenzaron a empujarlo y a soltarle los insultos de costumbre. Callum había aprendido que la mayoría de la gente se echaba atrás si él comenzaba a pelear, así que intentó pegar al chico más alto. Ese fue su primer error. Al cabo de un segundo lo tenían en el suelo, con uno de ellos sentado sobre sus rodillas mientras que otro lo golpeaba en la cara para conseguir que se disculpara y admitiera que era un payaso renqueante.

—Perdón por ser maravilloso, perdedores —había dicho Call justo antes de desmayarse.

Debió de perder el conocimiento solo un instante, porque cuando abrió los ojos llegó a ver en la distancia a los chicos alejándose. Estaban huyendo. Call no podía creerse que su respuesta hubiera funcionado tan bien.

—Eso —masculló mientras se incorporaba—. ¡Más os vale salir corriendo!

Luego miró alrededor y vio que el hormigón del parque de juegos estaba agrietado. Una larga fisura iba desde los columpios hasta la pared del cobertizo y partía en dos el pequeño edificio.

Estaba tumbado justo sobre el camino de lo que parecía un miniterremoto.

Él pensó que era lo más asombroso que le había pasado nunca. Su padre no opinaba lo mismo.

—La magia se da por familias —le dijo—. No es necesario que todos en la familia la tengan, pero parece que po-